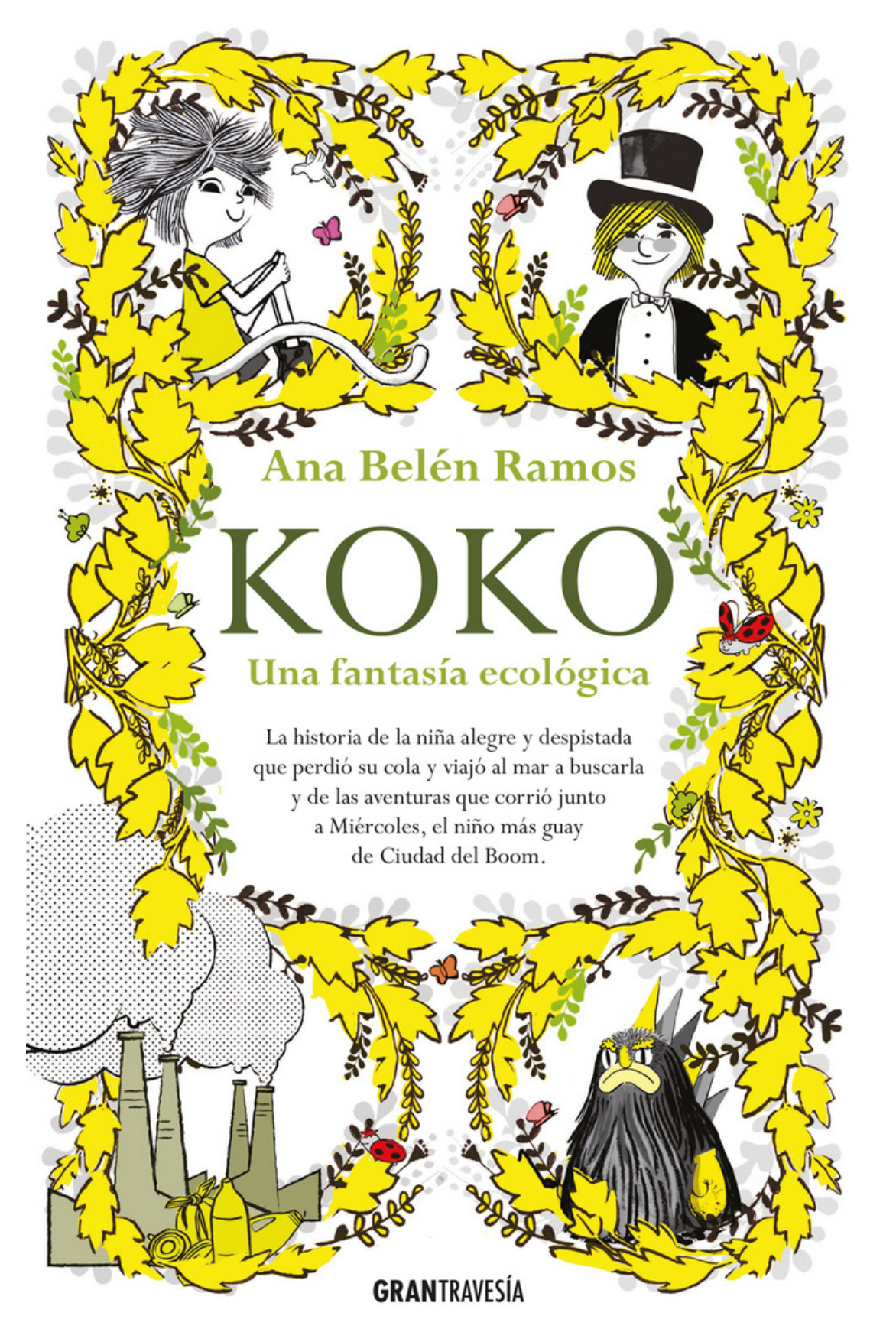




Ana Belén Ramos

KOKO

Una fantasía ecológica

La historia de la niña alegre y despistada
que perdió su cola y viajó al mar a buscarla
y de las aventuras que corrió junto
a Miércoles, el niño más guay
de Ciudad del Boom.

GRANTRAVESÍA

KOKO

GRANTRAVESÍA



Ana Belén Ramos

KOKO

Una fantasía ecológica

Ilustraciones de
María González

GRANTRAVESÍA

KOKO. UNA FANTASÍA ECOLÓGICA

© 2016 Ana Belén Ramos

Ilustraciones de portada e interiores: © María González (Estudio Caravan)

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.
C/Calabria 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: marzo de 2016
Segunda edición: febrero de 2025

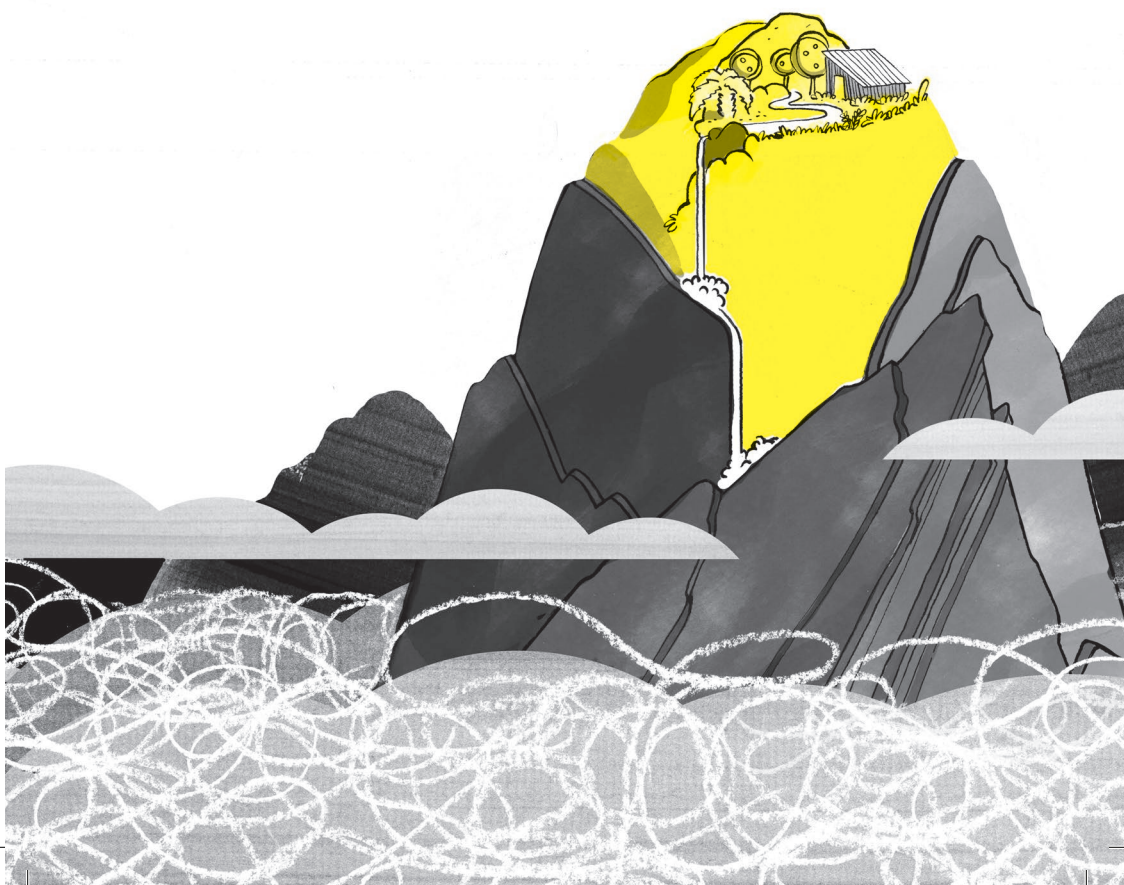
ISBN: 978-84-129087-6-3
Depósito legal: B 3333-2025

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

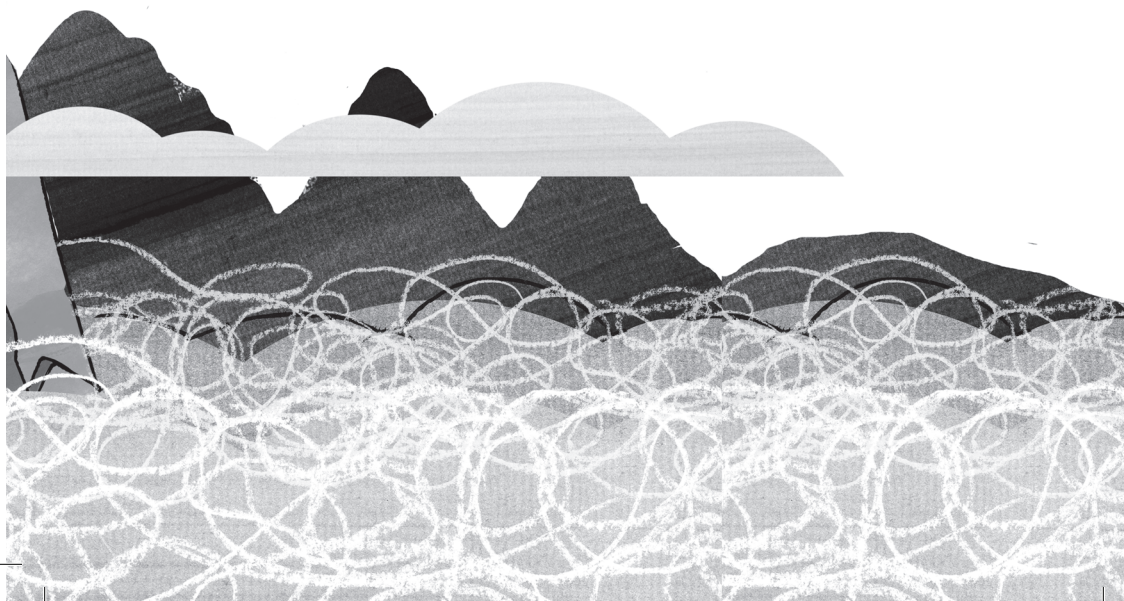
9005901010225

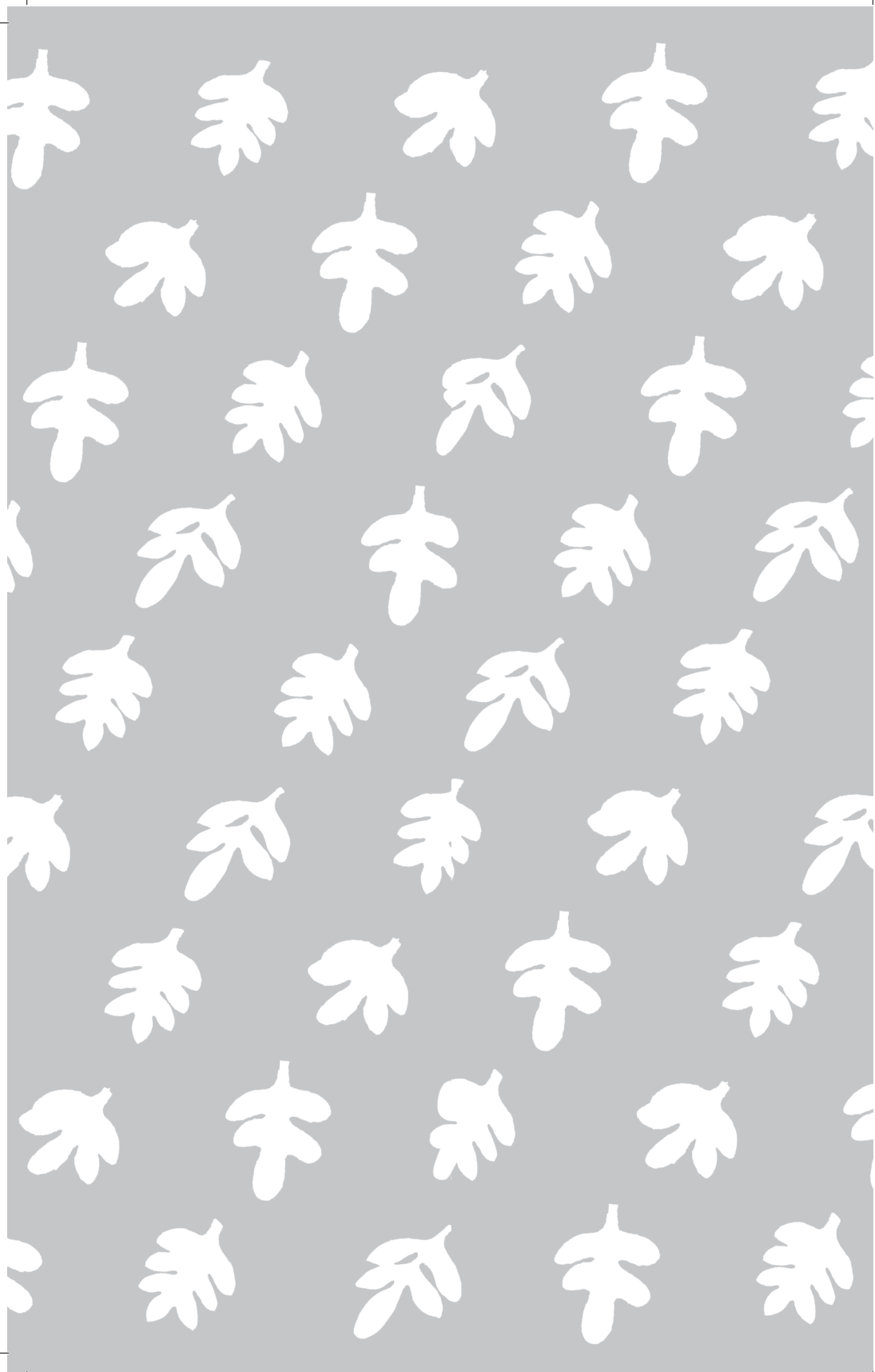
Para los antiguos y futuros habitantes de los prados.



≈ Prólogo ≈

En los tiempos después de la Gran-Gran Crisis, la Naturaleza se había extinguido casi por completo y los hombres habían perdido la capacidad de soñar. Vivían encerrados en las ciudades, rodeados de un inmenso y desolado yermo, que estaba permanentemente cubierto por una nube de contaminación. Sólo en unos pocos lugares recónditos la Naturaleza resistía fundida con los sueños, y juntos habían dado a luz a algunas criaturas extrañas. Cada una de ellas posee su propia historia, historias que viajan con el viento, como la de la extraña niña con cola llamada Koko, que vivía sola y alegre en la montaña, ajena a los problemas del mundo. Ésta es su historia.





≈ Capítulo 1 ≈

Koko pierde algo muy importante

Koko era una niña con cola, pero no la cola de un perro ni la de un león, ni tampoco la colita de un niño. No era el rabo de una boina, ni un rabo de nube, ni el rabito desnudo de la ratita presumida (con quien, por cierto, no guardaba Koko parentesco alguno). No, la suya era, sencillamente, la cola de Koko.

Koko tenía los ojos pequeñitos, el pelo negro y revuelto y vestía una enorme camiseta amarilla y botas con cordones rojos. Vivía en el pico de una alta montaña que sobresalía sobre la gran nube de contaminación y hacía siempre lo que le daba la gana. Nada le gustaba más que jugar con su colita desde que salía el sol hasta que salía la luna.

Koko era muy feliz, pero también bastante ignorante porque no había viajado nunca y sólo había leído un libro, y una de las cosas que ignoraba era que vivía en un auténtico paraíso aislado del mundo en ruinas. Su hogar era una cabaña de madera construida en un saliente alfombrado de verde a pocos metros del pico más alto de la montaña. Jun-

to a la casa crecía un puñado de arbolitos que, aunque daban pocos frutos, bastaban para alimentar a una niña tan pequeña. Había entre ellos manzanos, pinos y un peral, y también una palmera que llevaba seca muchos años y con cuyas hojas Koko se había fabricado varias cestas y una hamaca. De la cumbre bajaba una cascada que formaba un laguito en el saliente, habitado por algunas truchas, y el agua se escapaba entre las piedras, regando un pequeño huerto antes de seguir camino por la ladera, convertido en un riachuelo.

Koko pasaba los días soleados en los árboles, colgada de su cola, y los días de lluvia arrastrando la colita por los charcos que se formaban en los huecos de las peñas. Cada mañana, la niña trepaba por las ramas y se encaramaba a lo más alto de su pino favorito, como si fuese un mono. Al oírla llegar, dos pajarillos que tenían allí su nido piaban con fuerza: “¡Ya viene Koko Rabo!”, y al instante se desataba una alegre competición entre ellos y la niña para ver quién se quedaba primero con los piñones más deliciosos. ¡Menudo jaleo se montaba! Casi siempre ganaba Koko, que era muy pequeña desde el punto de vista de una persona, pero muy grande desde el punto de vista de un pájaro.

Le encantaba quedarse boca abajo, sujeta de las ramas con su rabo, y sentir el viento de la montaña



en la cara, y le gustaba mucho usar la cola para pescar: lanzaba su colita al río y movía la punta dentro del agua como si fuese un gusano. ¡Y vaya que picaban las truchas! En cuanto le mordían, Koko tiraba del rabo y agarraba su pesca con las manos. Este método siempre le hacía un poco de daño, pero así la niña sentía menos remordimientos cuando se comía los peces.

La verdad es que Koko usaba su cola para todas las cosas importantes. No podía dormir si no se acurrucaba de noche en su rabito, y al despertar salía de la cama de un salto, usándolo como si fuese una pértiga. Con él pelaba las piñas, clavaba las tablas



que se soltaban en las paredes de su casa, se cepillaba los dientes y hasta se quitaba las legañas. El problema es que Koko era muy desordenada, desmemoriada y bastante despistada, de modo que, al final del día, la taza del desayuno bien podía acabar dentro del río; las sábanas, entre los árboles; y el cepillo de dientes, en la lata de los clavos. Y la culpa de eso no la tenía el rabo, no señor, hay muchas niñas que no tienen cola y también son desordenadas, desmemoriadas y despistadas.

Todos los días, Koko se despertaba rebosante de alegría, justo antes de que el sol diera su segundo bostezo, y la mañana de invierno en que da comienzo esta historia no fue una excepción. Se puso en pie de un salto y se desperezó, sacudiendo los brazos y las piernas. Sí, rebosaba de alegría, pero le embargaba además otra sensación. ¡Y no eran las ganas de hacer pipí! Se trataba de un sentimiento inédito, una especie de nerviosismo, aunque... ¿por qué habría Koko de estar nerviosa?

La niña miró por la ventana, se bebió un vaso de agua fresca de un tirón y reflexionó por un momento. “Tengo la sensación de que se me olvida algo”, se dijo. La fecha no la había olvidado, sabía que era viernes y sabía que era 11 de febrero. Repasó el nombre de todos los meses del año y no le faltó ninguno. Luego recitó sin equivocarse, del derecho

y del revés, la letra de su canción preferida y dijo de carrerilla los nombres de los árboles de su jardín. “Pues no me he olvidado de nada importante”, concluyó. Con todo, algo no le cuadraba.

“No sé qué será, hay algo que he olvidado, y estoy tan segura de haberlo olvidado como de que me llamo Koko Rabo.” ¡Ay, al decir su nombre completo, un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo y la niña se quedó petrificada! Parecía una fotografía de Koko Rabo. Bajó despacito la mano por la espalda hasta la rabadilla, al lugar donde tenía la cola, y sufrió el disgusto más grande de su corta vida: su colita no estaba, había desaparecido. Koko se miró, se miró y se remiró. ¡No estaba, la había perdido! ¿Y ahora qué? ¿Cómo recogería las frutas de los árboles, cómo pescaría, cómo repondría las tablas rotas, cómo apilaría la leña? ¡No era lo primero ni lo segundo que perdía, pero nunca, nunca había perdido nada tan importante!

Como loca, se lanzó a registrar toda su casa. Miró entre las sábanas por si se le había caído mientras dormía, miró entre los árboles por si se le había quedado enganchada en una rama, miró dentro del cajón de abono e incluso vació la lata de los clavos por si estaba allí escondida. No dejó rincón sin rebuscar, pero nada, la niña no encontró su colita.

Cabizbaja y derrotada, roja del sofoco, se dirigió

hacia el lago y se echó agua en la cara, y en cuanto vio el riachuelo dio un grito: “¡Oh, no! ¡Seguramente se me cayó ayer mientras me duchaba en la cascada y se la habrá llevado la corriente! ¡A estas horas mi colita ya estará en el mar!”. Y aunque Koko era una niña desordenada, desmemoriada y despistada, también era valiente, optimista y resuelta, así que, ni corta ni perezosa, en ese mismo momento, decidió que emprendería su primer viaje. ¡Si su rabo estaba en el mar, allá que iría por él!

Y aquí comienza en realidad la historia de la niña con cola que se quedó sin cola y salió a buscarla. Ella que todo lo ignoraba, que nunca había escuchado hablar de la Gran-Gran Crisis, ni de crisis alguna, lio el petate, bajó de la montaña y se marchó en busca del mar, atravesando el mundo peligroso y derruido también llamado planeta Tierra. Planeta situado, por si hay algún lector despistado o de otro mundo leyendo este libro, en las afueras de la Vía Láctea, vecina de la más extensa y luminosa galaxia de Andrómeda.



≈ Capítulo 2 ≈

Ulises y la tarta de chocolate

A menos que uno sea un pajarillo, hacer el equipaje es una tarea muy difícil. A los pajarillos les basta con agitar las alas y salir volando y como mucho llevan una ramita en el pico, pero Koko no era un pájaro, sino una niña, y no sabía que lo mejor es viajar ligero de equipaje. Metió en la mochila lo que pensó que le podría hacer falta: una manta, una taza, un libro, todos los piñones y manzanas que tenía y las zanahorias que recogió esa misma mañana en su huerto. Y otras cosas menos prácticas como un caleidoscopio, una máquina de coser portátil, un joyero con dos anillos... El caso es que llenó la mochila hasta arriba, menos mal que la niña estaba muy fuerte y pudo cargar con ella. Acto seguido, Koko se colocó su sombrero de paja, salió de la casa, cerró la puerta y gritó mientras corría con la mochila al hombro:

—¡Adiós pajarillos, adiós árboles, vuelvo enseguida!

Y se fue sin mirar atrás. Su plan no era otro que seguir el río hasta el mar, así que descendió por la

ladera junto a la orilla. Un rato más tarde, se adentró en la bruma que cubría la falda de la montaña y sintió escalofríos, pues no se veía nada ahí abajo.

–Todo irá bien, todo irá bien –musitó la niña, y animada por este pensamiento siguió adelante.

Se internó en la nube densa y anaranjada, que sólo le dejaba vislumbrar el suelo de rocas y el riachuelo que discurría entre ellas. En aquella sucia espesura el sol era apenas un cerco luminoso en el cielo, y el humo, acre y amargo, hizo que tosiera un par de veces. Pasó mucho rato bajando y bajando, con cuidado de no tropezar. Al cabo de unas horas, cuando la niebla se volvió menos tupida, vio una enorme piedra redonda junto al arroyo y aprovechó para reponer fuerzas. Mientras se comía una manzana, sacó el libro de la mochila. Se titulaba *Homero resumido para niños que prefieren ir al grano* y le encantaba releerlo. Contenía historias de la *Ilíada* y la *Odisea*, pero sólo el meollo del asunto, las luchas y aventuras; las largas descripciones y los pasajes aburridos se los ahorra.

Koko abrió el libro por donde lo había dejado la última vez y leyó:

Ulises y los suyos quedaron atrapados en la cueva del cíclope Polifemo, un gigante de un solo ojo. El monstruo comenzó a comerse a

los soldados y Ulises se dijo: “¡Como no haga algo, estamos perdidos!”, y tuvo una idea excelente, se dirigió a Polifemo y le ofreció el odre de vino que llevaba con él. “¡Qué rico está!”, dijo el monstruo después de beberse de un trago y poco después se quedó roque, pues el vino da mucho sueño. Ulises aprovechó ese momento para clavarle al malvado una estaca en su único ojo y dejarlo ciego, y eso les sirvió para escapar.

—¡Cómo me gusta Ulises! —exclamó Koko—. ¡Creo que es mi personaje favorito! —la niña se levantó de un salto y reemprendió el viaje.

Le llevó el resto del día bajar la montaña y alcanzar el valle. La bruma había quedado atrás y ahora flotaba sobre su cabeza formando el oscuro cielo encapotado que cubría perpetuamente la llanura. Allí abajo, el riachuelo había adelgazado mucho, era un chorrito que corría con dificultad por aquel territorio gris. Siguió y siguió el curso del menguante río y, a la caída del sol, el hilo de agua se extinguió delante de sus botas.

—Pero ¿dónde se ha metido el río? —se preguntó—. Y ¿qué es todo esto?

El paisaje estaba lleno de basura. A su alrededor, había pilas y pilas de cacharros inservibles, lavado-

